

El nuevo traje del rey

Hace mucho, mucho tiempo vivía un rey que amaba tanto los vestidos que gastaba todo su dinero en ellos; los desfiles militares, el teatro y los paseos por el campo solo le interesaban porque podía lucir entonces un nuevo atuendo. Para cada hora del día tenía un traje especial, y mientras de otros reyes se suele decir: «El rey está en consejo», de él decían: «El rey está en el guardarropa».

En la capital del rey se vivía muy alegremente; casi todos los días llegaban huéspedes extranjeros, y he aquí que una vez aparecieron dos embusteros. Se hicieron pasar por tejedores capaces de fabricar una tela tan maravillosa que nada mejor podría imaginarse: además de un dibujo y unos colores extraordinariamente bellos, poseía la prodigiosa propiedad de volverse invisible para cualquier persona que no estuviera «en su lugar» o fuera irremediablemente tonta.

«¡Sí, ese sí que será un vestido! —pensó el rey—. Entonces podré saber quién de mis dignatarios no está en su lugar y quién es listo y quién tonto. ¡Que preparen cuanto antes esa tela para mí!»

Y dio a los embusteros un gran anticipo para que comenzaran inmediatamente la labor.

Ellos instalaron dos telares y fingieron trabajar con ahínco, aunque en los telares no había absolutamente nada. Sin el menor rubor, exigieron para su trabajo la seda más fina y el oro más puro; todo lo guardaban en sus bolsillos y seguían sentados ante los telares vacíos desde la mañana hasta bien entrada la noche.

«¡Me gustaría ver cómo avanza la obra! —pensaba el rey—. Pero entonces recordaba la prodigiosa propiedad de la tela y se sentía algo inquieto. Por supuesto, no tenía nada que temer por sí mismo, pero... ¡mejor que vaya primero alguien más!» Mientras tanto, el rumor sobre la tela extraordinaria había recorrido toda la ciudad, y todos ardían en deseos de comprobar cuanto antes la necedad e inutilidad del prójimo.

«Enviaré a mi viejo y honrado ministro —pensó el rey—; él sí sabrá examinar la tela: es inteligente y ocupa con honor su cargo.»

Así pues, el viejo ministro entró en la sala donde los embusteros estaban sentados ante los telares vacíos.

«¡Dios mío! —pensó el ministro, abriendo desmesuradamente los ojos—. ¡Pero si no veo nada!»

Solo que no lo dijo en voz alta.

Los embusteros le pidieron respetuosamente que se acercara y dijera qué le parecían el dibujo y los colores. Al mismo tiempo señalaban los telares vacíos, y el pobre ministro, por más que abría los ojos, seguía sin ver nada. Y es que no había nada que ver.

«¡Ay, Dios mío! —pensaba—. ¿Será posible que yo sea tonto? ¡Esto sí que nunca lo hubiera pensado! ¡Dios nos libre de que alguien lo sepa!... ¿O quizás no sirvo para mi cargo?... ¡No, no, de ningún modo puedo confesar que no veo la tela!»

—¿Por qué no nos dice usted nada? —preguntó uno de los tejedores.

—¡Oh, es preciosísimo! —respondió el viejo ministro, mirando a través de sus gafas—. ¡Qué dibujo, qué colores! Sí, sí, informaré al rey de que su trabajo me ha gustado extraordinariamente.

—¡Nos complace servirle! —dijeron los embusteros, y se pusieron a describir qué dibujo había y qué combinación de colores. El ministro escuchaba con mucha atención para poder repetírselo todo al rey. Y así lo hizo.

Ahora los embusteros exigían aún más seda y oro, pero solo llenaban sus bolsillos; ni un solo hilo se destinó al trabajo.

Después el rey envió a los tejedores a otro dignatario. Le ocurrió lo mismo que al primero. Miró y remiró, pero no vio nada aparte de los telares vacíos.

—Bien, ¿qué le parece? —le preguntaron los embusteros, mostrando la tela y explicando los dibujos que no existían.

«Yo no soy tonto —pensaba el dignatario—; ¿significa eso que no estoy en mi lugar? ¡Vaya cosa! Sin embargo, ¡no debo darlo a entender!»

Y comenzó a alabar la tela que no veía, admirando el maravilloso dibujo y la combinación de colores.

—¡Precioso, precioso! —informó al rey. Pronto toda la ciudad habló de la tela admirable.

Finalmente, el rey mismo deseó contemplar la maravilla antes de que fuera retirada del telar. Acompañado de un séquito de cortesanos y dignatarios escogidos, entre los cuales se hallaban los dos primeros que ya habían visto la tela, el rey acudió donde los embusteros, que tejían con todas sus fuerzas ante los telares vacíos.

—¡Magnifique! (¡Maravilloso!) ¿Verdad? —exclamaron los dos primeros dignatarios—. ¿No desea contemplarla? ¡Qué dibujo... qué colores!

Y señalaban con el dedo hacia el espacio, imaginando que todos los demás sí veían la tela.

«¿Qué, qué es esto? —pensó el rey—. ¡Yo no veo nada! ¡Esto es terrible! ¿Seré acaso tonto? ¿O no sirvo para ser rey? ¡Esto sería lo peor de todo!»

—¡Oh, sí, muy, muy bonito! —dijo finalmente el rey—. ¡Merece plenamente mi aprobación!

Y asentía con la cabeza con aire satisfecho, examinando los telares vacíos: no quería confesar que no veía nada. El séquito del rey miraba con todos sus ojos, pero no veía más que él mismo; no obstante, todos repetían al unísono: «¡Muy, muy bonito!» y aconsejaban al rey que se hiciera con esa tela un traje para la próxima procesión solemne.

—¡Magnifique! ¡Maravilloso! ¡Excellent! (¡Excelente!) —solo se oía por todas partes; ¡todos estaban tan entusiasmados!

El rey condecoró a cada embustero con una orden y los nombró tejedores de la corte.

Toda la noche anterior a la fiesta permanecieron los embusteros trabajando y quemaron más de dieciséis velas: ¡tanto se esforzaban por terminar a tiempo el nuevo traje del rey! Fingían retirar la tela de los telares, cortarla con grandes tijeras y luego coserla con agujas sin hilo.

Finalmente anunciaron:

—¡Está listo!

El rey, acompañado de su séquito, fue personalmente a vestirse con ellos. Los embusteros levantaban los brazos como si sostuvieran algo, diciendo:

—¡Aquí están los pantalones, aquí el chaleco, aquí la casaca! ¡Un traje maravilloso! Ligero como una telaraña, y ni siquiera se siente sobre el cuerpo. ¡Pero en esto radica precisamente su encanto!

—¡Sí, sí! —decían los cortesanos, aunque no veían nada: pues no había nada que ver.

—¡Dígnese ahora desnudarse y colocarse aquí, frente al gran espejo! —dijeron los embusteros al rey—. ¡Le vestiremos!

El rey se desnudó, y los embusteros comenzaron a «vestirle»: fingían ponerle una pieza de ropa tras otra y, finalmente, sujetar algo sobre los hombros y la cintura: ¡así le «colocaban» el manto real! Mientras tanto, el rey giraba ante el espejo en todas direcciones.

—¡Dios, cómo le sienta! ¡Qué maravillosamente le queda! —susurraban en el séquito—. ¡Qué dibujo, qué colores! ¡Un traje suntuoso!

—¡El baldaquino espera! —informó el gran maestro de ceremonias.

—¡Estoy listo! —dijo el rey—. ¿Me queda bien el vestido?

Y volvió a girar ante el espejo: era necesario mostrar que examinaba atentamente su atuendo.

Los camareros, que debían llevar la cola del manto real, fingieron levantar algo del suelo y marcharon detrás del rey, extendiendo los brazos delante de ellos: no se atrevían ni a dar la menor muestra de que no veían nada.

Y así el rey avanzaba por las calles bajo un suntuoso baldaquino, mientras el pueblo decía:

—¡Ah, qué traje! ¡Qué manta tan lujosa! ¡Qué maravillosamente le queda! Ninguna persona confesó que no veía nada: nadie quería darse por tonto o inútil. Sí, ningún traje del rey había provocado jamás tales muestras de entusiasmo.

—¡Pero si está completamente desnudo! —gritó de pronto un niño pequeño.

—¡Ah, escuchad lo que dice este inocente infante! —dijo su padre, y todos comenzaron a transmitirse en voz baja las palabras del niño.

—¡Pero si está completamente desnudo! —gritó finalmente todo el pueblo.

Y al rey le invadió el temor: le parecía que tenían razón, pero ¡había que llevar la ceremonia hasta el final!

Así que continuó avanzando bajo su baldaquino aún más majestuoso, mientras los camareros marchaban detrás sosteniendo la cola que no existía.